

F1233

P345



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

Desde los momentos mismos en que pasaban en la capital los memorables acontecimientos de Diciembre de 1857, escribia unos apuntes, que mas tarde me proponia ordenar y publicar; pero fué tal la posicion en que quedamos los que tuvimos poca ó mucha parte en aquellas escenas, que el partido mas prudente era guardar silencio, y esperar una oportunidad mejor, no para ser creidos, sino al ménos para ser escuchados.

El Sr. D. Ignacio Comonfort, á su salida de la República, y despues durante su residencia en paises extranjeros, ha publicado dos Manifiestos; pero el alto puesto que el Sr. Comonfort ha desempeñado en el pais, y el estilo en que ha tenido que redactar tales documentos, que no han podido ménos de tener un carácter oficial, no

le han permitido entrar en ciertos pormenores, ni hablar con la franqueza que puede campear en un escrito que, como este, tiene un carácter absolutamente privado.

Al decidirme, por instancias de varios amigos, á hacer esta publicacion; no llevo por objeto procurarme un lugar en la política, sino contestar, con la narracion verdadera de los hechos, á tantas especies como se han escrito en mi contra, atacándome, no solo con relacion á la política, sino de cuantos modos pueden herir los sentimientos mas delicados del hombre. La verdad quizá me proporcionará mejor lugar en la estimacion de muchas personas para mí siempre respetables; pues tengo la creencia de que, léjos de ser presuncion ú oficiosidad, es un deber de todo el que ha tenido participio en graves acontecimientos, el dar cuenta de cómo han pasado, defendiéndose al mismo tiempo de acusaciones, falsas unas, injustas otras y exageradas casi todas.

Al referir los hechos, tendré cuidado de mencionar algunas personas, y con toda sinceridad puedo asegurar, que lo haré sin malevolencia ni prevencion alguna, como decia Tácito al escribir la historia de Tiberio: *sine ira et studio*; pero prometo que solo hablaré de mí cuando no pueda evitarlo, y con toda la economía y modestia del que conoce cuán absurdo y ridículo es ocupar

con propias alabanzas la atencion del público. Por otra parte, ¿qué puedo decir, que tenga algun interes al lado de los grandes acontecimientos que han pasado? ¿Quién escuchará hoy la voz de un hombre, por importante que sea, cuando lo llena todo el estruendo de la guerra civil, que hace cerca de tres años devora á esta infortunada República? ¿Qué disculpa puede ser bastante, para la inexplicable inadvertencia y el funesto error de haber arrojado una chispa, que voló á incendiar todo el combustible que habian reunido los partidos políticos? . . .

Seguramente que si un interes bastardo, si una mala pasion, me hubieran inclinado á tomar la parte que tomé en la revolucion de Diciembre, mis dias serian tristes y mis noches sin sueño, porque entónces me creeria verdaderamente responsable de tantas desgracias como han acaecido: sin embargo, experimento una verdadera pena al recordar acontecimientos que, pluguiese á Dios nunca hubieran pasado; pero consuélame el pensar, que ya que pasaron, servirán quizá para preparar una época de mayor ventura, que los haga olvidar enteramente.

II.

La revolucion de Diciembre de 1857 tuvo el origen mas impensado, mas extraño, mas raro, que pueda imaginarse: nadie lo ha contado todavía, y todas las personas de uno y otro partido han supuesto planes, antecedentes y combinaciones que nunca se hicieron. Es necesario hoy mismo para creerlo, dejar pasar el ruido de esa terrible borrasca, que amenaza la propiedad, la libertad, las garantías de las personas de todas clases, y echar una mirada retrospectiva á los tiempos que hoy todos podríamos llamar felices, del principio del año de 1857.

¿Cómo el Sr. Comonfort, que habia salido triunfante de la revolucion, que habia sido elevado á la dictadura republicana, que habia resistido dos años á todas las conspiraciones, venciendo, ya personalmente, ya por medio de sus generales, á todos sus enemigos; cómo el Sr. Comonfort, repito, que despues de ejercer la dictadura, subia por una eleccion popular, casi uná-

nime, á la presidencia constitucional, perdió en un momento todos sus títulos, y se aventuró á destrozár la constitucion que habia jurado, á salir, por final resultado, de su pais natal, para vagar, quién sabe cuantos años, por tierras extranjeras, cargado del encono, de la calumnia y del odio de los dos partidos? ¿Cómo ese ministerio compacto de sus amigos íntimos, todos afiliados desde tiempos atras en el partido liberal, que habian merecido la confianza ilimitada del gefe supremo, que habian gobernado con toda plenitud de facultades, que habian llegado hasta donde les podia permitir su aspirantismo político, malaconsejaron á su amigo y á su gefe, y lo ayudaron á precipitarlo á su ruina, descendiendo ellos mismos con él, sin gloria, sin recompensa, sin esperanza alguna, de la altura á que habian llegado, teniendo los unos que huir de su pais, los otros que confundirse en la oscuridad, y oír dia por dia las maldiciones y las amenazas del partido liberal, con quien en tiempos difíciles estuvieron unidos, y el desprecio y aun los ultrajes de los hombres del partido conservador, que subieron por la escala que ellos tan inconsideradamente les prepararon?

Esto es apénas explicable con la narracion de los hechos; pero de seguro es un acontecimiento que no tenia antecedente en la República, ni

se repetirá sin duda en lo sucesivo, quedando solo como una leccion dura y severa para los que crean alguna otra vez, que los hombres, como partidarios, son susceptibles de esa prudencia y de ese tranquilo convencimiento que se puede obtener en las transacciones comunes de la vida. La política es una pasion, y una pasion vehemente, que perturba las funciones ordinarias del entendimiento, y que hace que desaparezcan del corazon del hombre aun esas buenas dotes con que Dios ha favorecido á la humanidad, en medio de su percedera y miserable organizacion.

Dos incidentes insignificantes y aislados de todo punto dieron principio á la revolucion: el uno fué la separacion de D. Juan José Baz del gobierno del Distrito, y el otro la renuncia que en esos dias hice del Ministerio de Hacienda. Voy á explicarlo:

Electo diputado al Congreso general el Sr. Baz, conforme á la constitucion, debia ó renunciar el gobierno ó la diputacion, porque no podia ejercer ámbos encargos. El Sr. Comonfort, hablando francamente, disgustado ya con el Sr. Baz, aprovechó esta oportunidad para separarlo del gobierno del Distrito: yo profesaba una sincera amistad al Sr. Baz (y salvo las diferencias en opinion, se la profeso todavía) y me interpose para que, al ménos por algunos dias, se

difiriera esta medida, y al efecto quise que tuviesen el Sr. Baz y el Sr. Comonfort una entrevista y una explicacion, la que en efecto se verificó un domingo en Palacio, asistiendo á ella únicamente el Sr. D. Guillermo Prieto; pero produjo resultados enteramente opuestos á los que yo me prometia. El Sr. Baz se exaltó; el Sr. Comonfort, con la dignidad y templanza que sabia tener en los actos de su gobierno, insistió en la medida, y el Sr. Baz salió ya de Palacio sin ser Gobernador, con todo el enojo y despecho que debió naturalmente producirle una entrevista tan amarga y desagradable. Desde ese momento el Sr. Baz se declaró públicamente enemigo del Sr. Comonfort, y dió principio en la capital misma una excision de una fraccion del partido que habia sido constante aliado de la administracion. Yo pensaba que pasados de una y otra parte los momentos del profundo disgusto producido por la conferencia, se lograria una reconciliacion, y con toda buena fe trabajaba en calmar el desagrado que producian las concejas que desde el dia siguiente se contaban en el Palacio. Así pasaron algunos dias.

A mediados de Noviembre, y sin mas motivo ni causa que hallarme enfermo de una inflamacion de ojos, y condenado á no poder disponer ni siquiera de un cuarto de hora para curarme,

renuncié el Ministerio de Hacienda, á que habia ingresado por segunda vez desde el mes de Setiembre.

El 15 de Noviembre recibí un oficio, en que el Sr. Fuentes, ministro entónces de Relaciones, me admitia la renuncia, y este oficio venia acompañado de una carta del Sr. Comonfort, que indicaba que todas las relaciones de amistad y de política debian terminar entre nosotros. Extrañé en verdad esto, y mas diré, lo sentí mucho; pero ninguna explicacion pude tener de este procedimiento en varios dias, tan poco conforme con nuestras antiguas relaciones, porque continuaba enfermo, vivia en Tacubaya, y no habia podido venir á México.

Una tarde, un amigo mio y pariente del Sr. Comonfort, me dió un recado de su parte, manifestándome que deseaba que hablásemos; pero que como yo, por mi enfermedad, no podia venir á México, él iria á pasar una noche á Tacubaya: convine en que al dia siguiente lo esperaria.

El fondo de mi carácter incompleto y mal formado, es la oficiosidad y el acomedimiento, aun en cosas que, ni me importan, ni me aprovechan: guiado de esta inclinacion, que no ha dejado de perjudicarme mucho, en varios lances de la vida, quise aprovechar la oportunidad para que el

Sr. Baz y el Sr. Comonfort se reconciliaran de una manera como casual, y sin que sufriesen, ni el amor propio del uno, ni la dignidad oficial del otro. Mandé buscar al Sr. Baz, le instruí de mi proyecto é intenciones, condescendió á todo, y quedamos citados para la noche siguiente.

Yo estaba contento y satisfecho de poder cooperar á que se conjurase esta pequeña tormenta, y lisonjeándome á solas de la influencia que creia yo ejercer en el carácter indomable y violento de Baz.

Con mucha puntualidad, ántes de la nueve de la noche, que era la hora citada, paró el coche del Sr. Comonfort en mi casa en Tacubaya: salí á la puerta con D. Juan José Baz, nos saludamos, y quedamos en reunirnos en el palacio Arzobispal, dentro de pocos minutos.

¿Por qué el Sr. Comonfort, Presidente constitucional de la República, venia á deshoras de la noche á conferenciar con quien ya no tenia cargo público alguno, y con una persona á quien habia escrito pocos dias ántes una carta tan fria y tan lacónica? Yo, que nunca he tenido las pretensiones de ser hombre de alguna importancia, pensé entónces que este viaje y esta visita eran sugeridos por la amistad y por la benevolencia, que en efecto forman el fondo del carácter del Sr. Comonfort.

No era eso: el Presidente, atacado abiertamente por su antiguo Gobernador, abandonado de pronto por su antiguo amigo y ministro de Hacienda, creía que una gran conjuración estaba ya á punto de estallar, y que los dos éramos, ó los directores principales, ó al ménos las personas que debíamos tener el hilo de estas intrigas. Nada, ni una palabra habia de todo esto; pero las mentiras, las denuncias, los chismes, que son el pan de cada día en el palacio de México, habian alarmado de una manera notable al Presidente, habian supuesto hechos y combinaciones que ni aun en proyectos existian, y por último, habian dado á nuestras personas una importancia que, de verdad, ni siquiera sospechábamos. Sea como fuere, el Sr. Comonfort quiso personalmente sondear este abismo, y este fué el objeto de su visita á Tacubaya.

Si el Sr. Comonfort hubiera reemplazado á Baz con otro Gobernador, y á mí con otro ministro, y sin hacer caso de todo lo que le habian contado, hubiese evitado su visita de Tacubaya, de seguro que, al ménos por entónces, no hay lo que se llamó golpe de Estado; y en cuanto á mí, hubiera guardado la posicion oscura y retirada que apetecia, despues de los sucesos de Puebla.

III.

El palacio arzobispal de Tacubaya estaba entónces en poder del gobierno: las habitaciones del Presidente estaban solas; pero el resto del edificio lo ocupaba una brigada de línea, que constaba de cosa de 2.000 hombres. Mandaba esta brigada el Sr. general D. Félix Zuloaga, el que para mayor seguridad y precaucion, se habia ido á vivir con su familia al mismo palacio: uno de los batallones lo mandaba el Sr. general D. José de la Parra, y otro el coronel D. Antonio Nava.

En esos dias se habia reducido á prision á un oficial y á algunos sargentos; y como era público que los Sres. Osollo y Miramon dormian algunas noches en Tacubaya, se temia que de un momento á otro pudiesen seducir á una parte, ó quizá al total de la tropa.

Sin embargo de todo esto, la brigada Zuloaga era el brazo fuerte del Sr. Comonfort y el grande obstáculo de los reaccionarios: en la Sierra, en